



La dama de la
TORMENTA
ANA R. VIVO

Mentir es difícil, casi tanto como ocultar las nubes que preceden a la tormenta.

Una dama en la tormenta, un capitán malhumorado, una boda real y un compromiso con infidelidad de por medio. Un cóctel peligroso si los protagonistas de la historia son quienes no parecen, y se hacen pasar por quienes no son.

La marquesa de Jara viaja a Madrid para acompañar a su hermana, prometida del duque de Corbalán. Su propósito es evitar a toda costa ese enlace. En su camino se cruzará un capitán de la escolta real que trastocará todos sus planes. Los preparativos de los esponsales del Rey de España serán el detonante de una bomba que los lanzará a una relación apasionada y tormentosa; un amor imposible que los empujará a tomar decisiones arriesgadas, pero placenteras a partes iguales.

Índice de contenido

Cubierta

La dama de la tormenta

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Sobre la autora

Capítulo 1

España, 1906

Cora dejó de limpiar los estantes superiores de la librería y prestó atención al escuchar la voz quejumbrosa de Paquita. Los sollozos de su hermana se entremezclaban con los lamentos de la muchacha y supo que ocurría algo muy grave. Dejó el plumero sobre uno de los lujosos libros con cubiertas de piel marrón y descendió de la escalera de madera, sujetando con una mano el vuelo de la falda para no tropezar.

Afortunadamente, la alfombra amortiguaba los pasos de su precipitada carrera. Solo faltaba que su padre la pillara de aquella guisa, con el vestido arremolinado, las mejillas encendidas y la melena flameando por los pasillos de la planta principal.

—No es justo, ¿por qué todo me ocurre a mí? —lloriqueaba Elena sin consuelo.

Se le encogía el corazón al escucharla. Quería tanto a su hermana que mataría al culpable de su amargura, aunque sabía quién era el culpable y apretó los dientes con rabia, antes de entrar en el dormitorio.

La vio tumbada en la cama, con la cara hundida en la almohada y hecha un mar de lágrimas. Se sentó a su lado y procuró calmar la furia que atenazaba su garganta.

—¿Qué ha pasado, cariño? —La incorporó por los hombros y suavizó el tono.

—Oh, Cora, soy tan desgraciada... —Se aferró a ella con desesperación y ocultó el rostro en el hueco de su cuello.

—Se trata de su señor padre, señorita. —La doncella trató de explicarse, sin conseguirlo—. Esto es el final. Dios nos pille *confesás*.

—¿Cómo que el final? —trató de imponer algo de serenidad.

—Es cierto, Cora. Padre ha dicho que... un viaje... y lo peor del mundo que está por llegar... —balbuceó Elena, sin terminar de explicarse.

—Ya se lo dije, señorita, que su padre no jugaba con estas cosas, que tarde o temprano iba a pasar, pero *¿pa'qué?* Si nunca me hacen caso.

—No estás ayudando mucho, Paquita. Por favor, déjanos a solas —pidió Cora con impaciencia.

Solo esperaba que la doncella no estuviera en lo cierto. Tomó aire y procuró sosegar, mientras consolaba a Elena, que no paraba de llorar. Buscó las palabras con las que iniciar un sutil interrogatorio y la animó a incorporarse para poder hablar. Ambas eran conscientes de que algún día ocurriría, solo que no esperaban que fuera tan pronto. No estaban preparadas y, por qué no decirlo, en el fondo de su corazón, aguardaba la estúpida esperanza de que su padre no lo intentara con la pequeña de la casa.

Todo comenzó ocho meses atrás. El conde anunció con aquel tono estridente que siempre utilizaba con ellas, que muy pronto harían un viaje a la capital. El motivo no sería otro que visitar a la duquesa de Marín y Plaza, una vieja tía de su madre a la que apenas recordaban como tía Carmelina. De hecho, ya había recibido una invitación formal para disfrutar de unas semanas en su fastuosa mansión.

Al principio, la noticia incluso llegó a emocionarlas. Elena nunca había estado en Madrid y Cora no recordaba nada de cuando vivían allí. Cuando se trasladaron al campo, ella solo tenía dos años.

No obstante, el conde de Montellano, su padre, enseguida las sacó del error. Cora no iría a Madrid y Elena lo haría con una intención muy clara, utilizarla para trepar de nuevo en la escala social.

A pesar de que la menor lloró e imploró para que su hermana la acompañara, él se mostró inflexible, como siempre. Y así fue como Elena disfrutó de unas maravillosas vacaciones en Madrid, y ella los vio partir en el viejo carruaje hacia la estación.

Se sintió feliz de saber que, al menos, Elena podría ver mundo, un mundo un poco más allá de aquellos muros que las mantenían ocultas desde que su madre pasó a mejor vida.

No obstante, para que no se aburriera, el conde se encargó de dejarle diversas y pesadas tareas que ella procuró cumplir a rajatabla durante su ausencia.

Sin embargo, aquel precipitado viaje no presagiaba nada bueno.

Cuando ella cumplió diecisiete años, su padre jugó las mismas cartas e intentó que la duquesa los invitara a su mansión en la capital. Con suerte para él, y desgracia para ella, el conde seguía anclado en las anticuadas transacciones de hijas por títulos nobiliarios, pero entonces una afortunada gripe lo mantuvo en cama durante quince días y la ocasión se le escapó de las manos, al marcharse la vieja dama a París en un viaje programado.

Esta vez, Elena marchó feliz, nunca había salido de la ruinoso granja en la que vivían, excepto al pueblo más cercano y en contadas ocasiones. A su regreso, llegó entusiasmada, sin dejar de parlotear sobre el precioso palacio rodeado de jardines que poseía la duquesa y lo maravillosa que resultaba la vida en la gran ciudad.

Cora sabía que en el pasado ellos también tuvieron propiedades como la que describía su hermana; rodeadas de amplias avenidas y cuyas fachadas mostraban antiquísimos escudos de la nobleza. Algunas veces, su padre le había re-

latado con rencor que los caprichosos cambios de gobierno, la alternancia de liberales y conservadores y el descenso de los precios agrarios eran los culpables de que la familia hubiera ido a la ruina. Ella intuía que se le olvidaba el pequeño de detalle de que no había administrado bien sus bienes. Al menos eso se decía entre los escasos trabajadores que quedaban en la ruinosa granja. Comentaban que todas sus propiedades habían sido expropiadas por los bancos y los acreedores, habiendo quedado en la más absoluta miseria.

Sin embargo, la duquesa de Marín y Plaza tuvo otra suerte. Su patrimonio aumentó gracias a las inversiones en banca, así como las acertadas relaciones políticas que la familia de su madre conservaba. Y fue precisamente allí, en el maravilloso palacio de tía Carmelina, donde comenzó la ilusión y la desgracia de su hermana. En aquel maldito baile de presentación en sociedad que con tanta ilusión dispuso para ella, animada por el conde.

—Buscaremos una solución, Elena. Haremos ver a padre que se equivoca. —Cora limpió sus lágrimas con un pañuelo de muselina.

Sabía que, al hablarle como lo hacía su madre cuando eran niñas, reconfortaba su ánimo; del mismo modo que apaciguaba el suyo, al recordar aquel tono dulce y sosegado. Era entonces cuando más la echaba de menos, pensó al sentir que sus ojos también se humedecían.

—No servirá de nada que hables con él, no te escuchará. Y si me apuras, se enojará y te castigará.

Elena llevaba razón, pero no tenía sentido que lo reconociera en voz alta.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? Cuéntamelo, cariño —le pidió, recobrando la entereza.

—Padre me mandó llamar esta mañana, cuando regresó del club. —Se aclaró la voz, que apenas le salía del cuerpo—. No dio muchas explicaciones, ya sabes que él solo ordena. Me comunicó que un caballero que asistió a la recep-

ción de tía Carmelina estaba interesado en pedir mi mano. —Se atragantó con un nuevo sollozo y Cora le dio unos golpecitos en la espalda—. Dijo que había recibido una carta de la duquesa con la magnífica noticia: en unos días viajaremos a Madrid para hacer oficial el... compromiso con ese caballero... —El llanto interrumpió de nuevo sus palabras.

—¿Acaso conociste a un caballero?

—Conocí a muchos caballeros, pero con ninguno crucé más de tres palabras.

—Trata de recordar, incluso podría ser el sargento Carrizo. En las últimas cartas que recibiste, dijo que vendría a hablar con padre.

—No es él, Cora, estoy segura —interrumpió con impaciencia—. Este caballero es... un caballero —intentó explicar, mientras movía las manos para dar énfasis a su argumento—. En ningún momento ha hablado de un joven sargento de la Escolta Real, padre nunca aceptaría esa unión.

Elena llevaba razón. Desde que regresó de Madrid, no dejaba de hablar de aquel muchacho y de cómo se conocieron en el dichoso baile. Incluso habían estado carteándose a escondidas. Por la noche, cuando todos dormían, las luces se apagaban y estaban a salvo en la soledad de su cuarto, su hermana sacaba el preciado paquete de cartas que guardaba bajo una de las baldosas y las leía en voz alta para compartir su alegría con ella.

El sargento José Carrizo era muy romántico y Elena no dejaba de leer los apasionados poemas de amor que le enviaba. En las últimas misivas se había vuelto más osado, pedía permiso para ir a visitarla y ella procuraba darle largas, consciente del estufido que daría su padre si supiera en lo que andaba distraída su adorada hija, en lugar de procurarse un buen partido.

—Hablaré con padre —decidió Cora, para tranquilizarla.

—No conseguirás nada. Le harás enfadar y no te escuchará. Él nunca te escucha.

—Pues esta vez tendrá que hacerlo —aseveró, saliendo disparada hacia las escaleras.

—No, Cora... —la llamó, aunque ella ya estaba cerca del salón.

Los ventanales abiertos dejaban pasar los tímidos rayos del sol de una primavera que no terminaba de arrancar. Los numerosos espejos que colgaban de las paredes reflejaban la luz y lanzaban destellos brillantes que rebotaban contra los tapices con escenas de caza.

Su padre la observó llegar desde su rincón favorito, sentado en el cómodo sillón de color marfil y con una mueca de desagrado en el rostro.

—¿Se puede saber qué ocurre? —Se levantó y dejó el periódico sobre una mesa de marquetería que conservaba de los prósperos años en los que vivieron en la ciudad.

Cora supo que sus ojos la revisaban con gesto analítico, como siempre.

Lo vio torcer la boca con disgusto al observar su melena suelta sobre los hombros. Ingovernables rizos rojizos enmarcaban sus preciosas facciones y, aunque trató de peinarlos con las manos, parecían tener vida propia. Al fijarse en sus ojos brillantes, reconoció como otras veces un destello de odio en ellos.

Su padre era un hombre imponente, tanto por lo bravío de su porte como por la elegancia de sus ropas, estrictas y regias, como correspondía a un conde. La corbata escrupulosamente anudada en torno a su recio cuello, los cabellos canos rastrillados a la perfección, mostrando su espléndida y despejada frente.

—¿Por qué corres como si fueras una yegua desbocada? —Chasqueó la lengua con desaprobación.

—Padre, necesito hablarle de un asunto urgente. —Se retiró el pelo de la cara, intentando anudarlo en la coronilla con una cinta que llevaba en el bolsillo, para que él se desprendiera de aquel gesto de reproche que tanto la afectaba. Aunque mucho menos que a su hermana.

—Ya imagino que será principal, a juzgar por tu trote. Vamos, ¿de qué se trata? No tengo todo el día para escuchar tus tonterías.

—Elena no puede casarse con ese caballero. —¡Ya lo había dicho!

Esperando su reacción, descendió los ojos hasta las puntas de sus zapatos, que asomaban bajo el gastado dobladillo de terciopelo azul, y ocultó las manos en los pliegues del vestido.

—¿Cómo dices? —Su mirada afilada buscó la suya—. Creo que no he escuchado bien.

—Sí, padre. Elena solo es una niña y...

—¡Bobadas! Ya tiene dieciocho años, solo cinco menos que tú, que te crees muy mujer.

—Es demasiado joven para casarse. No puede comprometerse con... con...

—¡No tienes ni idea! —Su vozarrón interrumpió sus balbuceos y ella dio un respingo—. Ni siquiera sabes de lo que estás hablando.

—Oh, sí, padre, dentro de un tiempo estará preparada, pero ahora le aseguro que no.

—El tiempo apremia.

La vehemencia de sus palabras trajo dolorosos recuerdos de su infancia a su mente. Su padre era más joven y vigoroso, aunque daba el mismo miedo. Ella tenía solo cinco años cuando observaba, agazapada tras las puertas del salón, cómo su padre urgía a su esposa embarazada con la misma impaciencia.

Evocó la imagen de su madre, sin atreverse a mirarlo. Estaba nerviosa y se retorcía las manos, igual que ella mientras recordaba:

—El tiempo apremia, debes hablar con tu familia y pedirles dinero.

—No puedo. No dejan de repetirme que cometimos un error al venir al campo y vender nuestras propiedades en la ciudad.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mis decisiones? —Su padre zarandeó a su madre por los hombros, convirtiendo sus sollozos en un llanto descontrolado.

—Deja que me vaya a la ciudad, Manuel. Pronto nacerá el bebé y solo seremos una carga para ti. Te lo suplico..., permite que regresemos con mi familia. —Se arrodilló ante él.

Los cabellos rojizos de su madre brillaban bajo los rayos del sol que entraban por los ventanales y, al ver cómo ocultaba el rostro entre las manos, Cora se movió inquieta en su escondite sin saber qué hacer. Por un lado, deseaba abrazarla para consolarla, por otro, el temor a la ira de su padre la mantenía oculta.

—Levántate y deja de lloriquear como una niña malcriada. —La agarró por el pelo y de un tirón la obligó a ponerse de pie. Cora dio un respingo, como si sintiera el mismo dolor—. No irás a ninguna parte. ¿Acaso crees que alguien me prestaría dinero si te fueras de mi lado? Tu lugar está aquí, yo soy tu familia.

Nada más terminar la frase, la arrojó contra el suelo, masculló un par de insultos que Cora ya había escuchado algunas veces y se encaminó hacia la puerta donde ella se ocultaba.

—¿Qué haces ahí parada como un pasmarote? —vociferó—. Desaparece de mi vista si no quieres...

Cora no esperó a que su padre terminara la amenaza. Con el corazón acelerado, y los ojos llenos de lágrimas, corrió escaleras arriba como si la persiguiera el diablo.

Los alaridos del conde la trajeron de sus recuerdos a la cruel realidad.

—¡Responde de una vez, deslenguada! Dime, ¿qué harán mis dulces princesitas cuando no tengamos ni un real para comer?

Soltó un bufido e hizo ademán de marcharse, pero Cora lo sujetó por la manga de su impecable traje azul oscuro y lo retuvo.

—Padre, escúcheme.

—No, escúchame tú. —Blandió un dedo ante sus narices—. Un caballero ha pedido la mano de Elena, gracias a la duquesa, y este matrimonio dará fin a nuestros problemas. ¿Cuánto tiempo crees que podríamos seguir viviendo con este lujo? Ya ni siquiera nos pertenece la propiedad de este viejo caserón, y muy pronto los bancos nos dejaran en la calle.

—Saldremos adelante de alguna manera, ya lo verá. Puedo trabajar y...

Guardó silencio al ver que el rostro de su padre se torcía en una horrible mueca. Para su sorpresa, estalló en carcajadas.

—Eres patética. Patética y estúpida —escupió las palabras mientras la apartaba de su lado con un empujón.

—Pero... pero... Elena no puede sacrificarse para salvarnos de la pobreza. Aunque ese caballero sea un rico burgués, ella no podrá amarlo nunca —insistió sin dejarlo marchar.

—No es un burgués, niña tonta. Estamos hablando de todo un noble. Yo nunca permitiría que mis nietos fueran los bastardos de un pretencioso nuevo rico. ¿Por quién me has tomado? Tu hermana debería dar gracias a Dios porque un grande de España se haya fijado en ella, pudiendo elegir a cualquier otra dama de más abolengo.

—Oh, padre. —Se sentía enferma de oírle hablar así—. Elena tiene derecho a...

—¡Cállate! —El conde la abofeteó sin contemplaciones y la sostuvo por un brazo para que no perdiera el equilibrio. Se inclinó sobre su cara hasta que sus narices se rozaban—. Hablas de derechos y libertades como una perra agitadora. —Se dispuso a abofetearla de nuevo.

—No lo haga, padre, no la golpee más, por favor —suplicó Elena que entraba en ese momento, alarmada por los gritos.

Se interpuso entre sus cuerpos y se abrazó a él, para apaciguarlo.

—Siempre consigue sacarme de mis casillas. —Él intentó controlar la voz, al tiempo que se apartaba de Cora.

—No le pegue, se lo suplico.

—¿Estás llorando? —Apretó los labios y clavó una mirada acusadora en ella, que se frotaba la cara dolorida. Después se alejó hacia los ventanales, mientras trataba de consolar a Elena—. Solo deseo lo mejor para ti. Este compromiso es nuestra salvación —le explicó mientras sacaba del bolsillo del chaleco un pañuelo blanco. Le pidió con suavidad que se sonara la nariz y se giró hacia ella, blandiendo un dedo—. En cuanto a ti, señorita, te prohíbo que vuelvas a hablar de este tema.

—Entonces, yo ocuparé su lugar. Permita que sea yo la que vaya a Madrid.

Él debió de pensar que se había vuelto loca porque la miró como si acabara de convertirse en un bicho horrible.

Cora retrocedió unos pasos, ante el temor de que su ira cayera de nuevo sobre ella. Acababa de ocurrírsele la idea y, aunque sonaba descabellada, siempre sería mejor que enviar a su hermana al matadero del matrimonio con un desconocido.

Por un instante, creyó que él volvería a golpearla, pero una risotada inundó el salón y no supo qué era mejor, si su enfado o la burla de sus carcajadas.

—De modo que era eso, ya lo tenías planeado. —Se acercó con paso lento y voz demasiado suave.

Ella retrocedió.

—No, padre, acabo de pensarlo.

—Querida Cora, ya tuviste la oportunidad de encontrar un marido hace unos años, cuando todavía servías para algo. Recuerda que vuestra tía ofreció su palacio y todo cuanto necesitaras para presentarte en sociedad. ¿Y qué hiciste tú, pequeña tonta? Te negaste a ir.

—No podía marcharme. —Jamás dejaría a Elena sola con él. ¡Jamás!

Su hermana la necesitaba y ella hizo una promesa a su madre, poco antes de que muriera.

—Eres una envidiosa. —Su padre escupió las palabras—. Te salió bien la jugada, aprovechaste que enfermé de gravedad...

—Solo fue una gripe, padre.

Él la hizo callar con un gesto.

—Enfermé de gravedad y te vino de perlas que la duquesa tuviera un viaje previsto con antelación. Incluso te negaste a acompañarla a Europa cuando lo propuso. Ahora te arrepientes de ser una solterona, ¿verdad? No tienes bastante con el título que heredaste de tu madre, que también pretendes arrebatárselo a tu hermana menor. La marquesa de Jara quiere mucho más, su señorío no le sirve de nada y desea convertirse en la duquesa de Corbalán, ¿no es así?

Ella negó en silencio. Los ojos muy abiertos, los labios temblorosos.

—Padre, escúcheme, por favor, puede que a ese caballero no le importe que yo ocupe su lugar.

—Su Excelencia huiría despavorido al comprobar que su complaciente prometida tiene la lengua más afilada que una verdulera del mercado.

—Pero...

Él alzó una mano para evitar que continuara protestando y la deslizó por sus cabellos blancos y engominados, como si se debatiera entre abofetearla o no.

Las dos muchachas lo miraron descorazonadas y él se alejó hacia la puerta.

—¡Ah! —Se giró como si hubiera olvidado decir algo, aunque ambas sabían que era un descuido totalmente deliberado—. La duquesa no te guarda rencor y ha olvidado el desaire que le hiciste hace unos años, al declinar su invitación de viajar a su lado. De modo que ha dado su permiso